

cionado, el primer uso que hizo de ella fué entonar en voz alta un cántico de admiracion, de alabanza y de acciones de gracias, en el cual, anunciandò el ministerio de su hijo, anunciaba tambien en él el nacimiento próximo del Mesías: de este modo se cumplió á la letra lo que los profetas Isaías y Malaquías habian predicho tocante al precursor; pues es evidente que en Juan Bautista se encuentra unos de los caractéres mas expresos del Precursor del Mesías, de que hacen mencion ámbos profetas.

Mientras que el ruido de los prodigios sucedidos en el nacimiento de san Juan se esparcia por todo el pais de las montañas de Judea, la santísima Virgen, que se habia vuelto á Nazaret, meditaba en silencio dia y noche el sagrado misterio que habia obrado en ella el Señor: su humildad no la habia permitido declarar á san José lo que el Espíritu santo no le habia todavía descubierto á este casto esposo, cuando él mismo advirtió el embarazo de su castísima esposa. Parece quiso Dios que san José ignorase hasta entónces lo que la sucedia á la santísima Virgen, para que sabiéndolo despues, su sorpresa fuese una prueba visible de la milagrosa concepcion del hijo, y de la incomparable virginidad de la madre. El pasmo de san José fue tanto mayor, quanto conociendo mejor que nadie la sublime santidad de la Virgen, y no ignorando el voto que habia hecho de perpetua virginidad, no tenia motivo para sospechar en ella la mas leve infidelidad: inclinábase mas bien, dice san Bernardo, á creer que María fuese aquella afortunada vírgen, de que habla Isaías, que debia dar á luz al Mesías. Creyólo, dice el santo Doctor, y por un sentimiento de humildad y respeto semejante al que despues hizo decir á san Pedro: Apartáos de mí, Señor, porque soy un pecador; penetrado, digo, de un sentimiento como éste, san José pensó en apartarse de la santísima Virgen. No digo esto como parto mio, añade el santo Abad; sino como que es el sentimiento de los padres (*Hom. 2. sup. Missus.*).

Entre tanto, el casto esposo no sabia que resolucion tomaria; despedirla y volverla á sus parientes, era infamarla; por otra parte, no se creía bastante santo para

habitar con ella. Entre estas dudas se le apareció un ángel, y le dixo: José, acuérdate que eres de la casa de David, de la cual ha de nacer el Mesías prometido; y no creas que carece de misterio el haberte dado el Señor á María por esposa, la cual es de la misma familia real que tú: sábete que el niño de que está preñada, y que ha concebido milagrosamente por la virtud del Espíritu santo, es el Salvador del mundo, el hijo único del Padre eterno, el Mesías prometido, y Dios te ha escogido á tí para que durante su infancia seas su tutor, y le proveas de alimento, y para que en este sentido seas su padre; y así no temas quedarte á vivir con María tu esposa: tú eres el custodio de su honra y de su virginidad, porque si no hubiera tenido esposo, no hubiera podido ser madre sin infamarse. Le pondrás al niño el nombre de Jesus, para que conozcan los hombres que este niño es el que los ha de salvar, el que viene á ofrecerse en este sacrificio por la expiacion de los pecados de todos los hombres.

Instruido é informado san José de este gran misterio, y de la dignidad del empleo para que el cielo le destinaba, no miró ya á la santísima Virgen sino como á la madre del Redentor; su ternura para con ella creció juntamente con su veneracion, y la eleccion que Dios habia hecho de él para que fuese esposo de la madre de Dios solo sirvió para hacerle todavía mas santo y mas humilde.

§. VI.

El nacimiento de Jesucristo.

Estaba la santísima Virgen en el nono mes de su preñado, cuando se publicó un edicto de Augusto César, que ordenaba se hiciese una exácta descripcion y enumeracion de todos los súbditos del imperio, y que se le formase un estado de ellos. La orden para hacer la descripcion de los judíos se le encargó á Cirino, comandante de la Siria; porque aunque la Judea no era todavía tributaria, ni estaba puesta en el número de las provincias del imperio, Augusto miraba ya á los judíos como á

á sus súbditos, y al mismo rey Heródes le miraba como á un esclavo. Para evitar la confusion que podia haber en la descripcion, se ordenó que todas las cabezas de familia concurriesen á la ciudad de donde era originaria su familia para hacerse escribir en los registros públicos, y para pagar la capitacion general que se habia impuesto. En todo no tenia Augusto sino miras de avaricia y de ambicion; pero la Providencia divina disponia así las cosas para que precisados José y María á concurrir á Belén, el Mesías viniere al mundo en la ciudad que estaba predicho habia de nacer.

Hicieron José y María este viage con mucha pena é incomodidad, porque como todos los de la familia de David habian concurrido al mismo pueblo en conformidad de lo que ordenaba el edicto, estaban llenas todas las posadas; ademas que el estado pobre de la santísima Virgen y de san José hacia que no se llevase mucha cuenta con ellos para admitirlos en las posadas; y así, no hallando en donde alojarse en la ciudad, se vieron precisados á retirarse á una gruta ó cueva cavada en una roca, la cual pertenecia á una posada que estaba junto á una de las puertas de la ciudad por defuera, y que servia de establo á la posada. Este fué el lugar que el soberano Señor del cielo y tierra escogió para nacer. Todo debia ser extraordinario en el nacimiento de un Hombre-Dios. Los príncipes de la tierra, tan puros hombres como los mas viles de sus súbditos, tienen necesidad de nacer en soberbios palacios, á fin de que el resplandor y magnificencia del lugar ensalcen, de algun modo, la flaqueza natural de su nacimiento, el cual sin esta pompa exterior nada tendria que le distinguiese del nacimiento del menor de sus súbditos; pero un Dios-Hombre no tiene necesidad de un resplandor ageno: él mismo es toda su magestad y toda su gloria: á sus ojos lo mismo vale el trono mas soberbio que el establo mas despreciable: lo mismo el palacio mas magnífico, que el pesebre mas pobre: parece tambien mas conveniente que un Hombre-Dios, habiendo de nacer sobre la tierra, naciese en un lugar que no prestase ni contribuyese nada á la idea que debemos tener de su infinita grandeza y de su magestad divina.

En esta cueva, pues, que servia para recogerse en ella las bestias, fué en donde la santísima Virgen, sintiendo como á media noche que habia llegado el término de su parto, dió á luz á Jesucristo sin padecer el menor dolor, y sin dexar de ser la mas pura de las vírgenes. Fué esto el año 6000 de la creacion del mundo: 2957 despues del diluvio: 2075 despues del nacimiento de Abraham: 1510 despues de Moyses, y del tiempo en que el pueblo de Israel salió de Egipto: 1032 despues que David fue ungido y consagrado rey: la semana 65 segun la profecia de Daniel: en la Olimpiada 194: el año 752 despues de la fundacion de Roma: el 42 del imperio de Octaviano Augusto, gozando todo el universo de una profunda paz en la sexta edad del mundo. En este dia afortunado, que era el 25 del mes de diciembre, y que es el punto fixo de la era ó época cristiana, nació en Belén Jesucristo, el Mesías prometido, el Rey, el soberano Señor de cielo y tierra, el Salvador del mundo, nuestro Padre, nuestro Juez, nuestro Redentor, nuestra salud.

Por mas obscuro que fuese, segun el mundo, este nacimiento, sin embargo se publicó al mismo instante no solo en el pais vecino, sino tambien en los pueblos mas distantes. Envió Dios sus ángeles á anunciar el nacimiento del Mesías á algunos pastores que velaban en los alrededores de Belén en la guarda de sus ganados, al mismo tiempo que á los Magos de Oriente les hizo ver un nuevo astro que les anunciaba el mismo nacimiento. Un ángel lleno de luz y de resplandores se apareció de repente á los pastores; al principio fuéron asaltados de un gran temor; pero el mismo Espíritu celestial, cuyo resplandor los habia aterrado, los serenó y calmó bien presto, diciéndoles: No temais, porque no vengo á anunciaros nuevas funestas: soy enviado de Dios para que os anuncie una nueva, que para vosotros y para todo el pueblo debe ser motivo del mas dulce gozo: vengo á deciros que el Mesías, aquel Salvador deseado por tanto tiempo, y esperado tantos siglos ha, acaba de nacer en la ciudad de David: este es el Cristo, vuestro Señor, y vuestro Dios, el cual viene á haceros eternamente felices: le encontrareis en un establo, en-

vuelto en pañales, y recostado muy pobremente en un pesebre por falta de cuna; estas son las señales que os doy para que le conozcáis, no podeis equivocaros: los sentimientos y afectos interiores que os inspirará su presencia, bien presto os harán sentir que el niño á quien vais á tributar vuestros homenajes es vuestro Salvador, y vuestro Dios.

Apénas el ángel cesó de hablar, cuando una tropa numerosa de espíritus celestiales empezó á cantar las alabanzas de Dios; y á decir en alta voz: *Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres que tienen un corazón recto, y una voluntad sincera de agradarle.* Acabado de decir esto, desapareció la luz celestia, y el concierto de aquellas voces tan sonoras. Transportados entonces del mas dulce gozo que se puede sentir sobre la tierra, aquellos afortunados pastores se dixéron unos á otros: *Vamos, vamos hasta Belen, y veamos el prodigio que Dios acaba de hacer, y que se ha dignado manifestarnos.* Corren á Belen, y habiendo entrado en el establo, encuentran en él á María y á José con el divino Niño que estaba reclinado en un pesebre. Viendo entonces con sus propios ojos todo lo que el ángel les habia dicho, se desatan en bendiciones y en alabanzas de Dios. Desde luego el divino Infante se atrae á sí todas sus miradas: póstranse á sus pies, le adoran como á su Dios, su Libertador, su Salvador; en una palabra, le adoran como al Mesías, y explican sus sentimientos con las lágrimas de gozo que derraman sus ojos. Vueltos, despues de esto, de su admiracion, cuentan de un modo sencillo y natural todo lo que les habia sucedido; siendo, por decirlo así, los primeros predicadores del Mesías. María quiso saber hasta las menores circunstancias de esta aparicion: informóse, pues, de todo, y despues que se hubieron retirado los pastores, no ocupó su espíritu y su corazón sino en pensar y ponderar estas maravillas.

Mandaba la ley de Moyses, que los hijos varones se circuncidasen al octavo dia despues de su nacimiento, segun el orden que Dios intimó á Abraham sobre este particular; y en esta ceremonia legal se les ponía á los niños un nombre. Llegado, pues, este dia octavo, aunque el Hijo de Dios estaba verdaderamente dispensado de esta

ley, quiso no obstante sujetarse á ella; así como habiendo cargado sobre sí nuestros pecados, quiso tomar las insignias ó apariencias de pecador, aunque era la misma inocencia. Fue, pues, circuncidado segun costumbre, y le pusieron el nombre de *Jesus*, que significa *Salud de Dios, y Salvador*; nombre adorable que su padre Dios le habia dado por el ministerio del ángel aun antes que hubiese sido concebido en el seno de su madre: nombre augusto que encierra en compendio todos los misterios de nuestra redencion: nombre divino que no llena su verdadera significacion sino en la persona adorable del Salvador del mundo: nombre sobre todo nombre, al cual debe doblar la rodilla todo cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los infiernos: nombre todopoderoso, en virtud del cual se han hecho y se hacen los mas estupendos milagros: nombre incomparable, pues no hay otro debaxo del cielo, en virtud del cual debemos ser salvos. El primero de enero fue el dia en que el Salvador del mundo se sujetó á la ley de la circuncision, la cual puede llamarse el gran misterio de sus humillaciones, la prenda primitiva de nuestra salvacion, la consumacion de la ley antigua, y como las arras y el sello de la nueva alianza.

No habiéndose extendido sino sordamente y alrededor de Belen el ruido del nacimiento del Mesías, por lo que habian publicado y dicho los pastores, no habia hecho mucha impresion en el espíritu del simple pueblo; ni tampoco en el de la gente principal, cuando he aquí que á pocos dias de la circuncision se viéron llegar á Jerusalem los Magos (Eran éstos, segun la opinion mas comun y mas universalmente recibida en la Iglesia, unos pequeños soberanos, cuyos estados estaban situados hácia el Oriente, respectó de la Judea: la gente de su país los respetaba infinitamente, y los miraba como á los depositarios de la religion y de las ciencias, en las que eran muy versados, especialmente en la astronomía.). Es verisímil que viniéron de la Arabia feliz, que habia sido habitada por los hijos que Abraham habia tenido de Cetura, su segunda muger, y que descendian de Jectan, padre de Sabá, y de Madian, padre de Efa; en lo cual se cumplió lo que habia predicho el Profeta, cuando hablando del Mesías, dixo: que los reyes de Arabia y de Sabá ven-

drian á ofrecerle dones en señal y prenda de su fidelidad (*Psal. 7.*): y el profeta Isaías habia predicho lo mismo, cuando dixo que vendrian de Madian, de Efa y de Sabá en camellos á rendir homenaje al Mesías, ofreciéndole oro, incienso y mirra.

§. VII.

Los Magos vienen á adorar á Jesucristo.

Al momento, pues, que el Salvador vino al mundo, y cuando los ángeles estaban anunciando su nacimiento á los pastores, una nueva estrella que se apareció milagrosamente en los cielos, le anunció á los reyes Magos: estos príncipes hábiles en la astronomía, é instruidos en las predicciones del profeta Balaan, de quien se cree eran descendientes, viendo aquel nuevo fenómeno, pero mas ilustrados todavía por una luz interior que por la que resplandecía á sus ojos, no dudaron que aquella milagrosa estrella fuese la que Balaan aseguraba debía aparecerse en el nacimiento del divino Rey de los judíos que habia de nacer para redimir y salvar á los hombres. Como estaban vecinos los estados de los unos con los de los otros, habiéndose comunicado mutuamente los tres lo que pensaban del nuevo fenómeno que se dexaba ver en los cielos, se conviniéron en partir todos tres juntos sin dilacion, para ir á tributar al nuevo rey de los judíos sus homenajes. Apénas se hubieron puesto en camino cuando advirtiéron que la estrella les servia de guia: en efecto, los conduxo en derecha á Jerusalem; pero quedáron sorprendidos al ver desaparecer la estrella desde que entráron en esta capital. Vanse á palacio, y preguntan, ¿dónde estaba el nuevo rey de los judíos que venían á adorar, y cuya estrella habian visto en el Oriente? Al oír Heródes esta aventura de boca de los Magos, se asustó y sobresaltó; pero disimulando sus temores, hizo al punto venir á su presencia á los sacerdotes y á los mas sabios doctores de la ley; y no dudando de un rey, cuyo nacimiento anunciaban los astros, debía ser el Mesías prometido, y mas sabiendo muy bien que habia llegado ya el tiempo de su venida, segun el cálculo de las pro-

fecías, preguntó á los doctores que asistian al congreso, ¿cual era el lugar donde debia nacer el Mesías? Todos respondieron que debia nacer en Belen, segun la predicción del profeta Miqueas. No obstante esta respuesta, desconfiando Heródes de la vision de aquellos extrangeros, y temiendo que si se incorporaba con ellos para ir á rendir sus homenajes á un niño que no era cierto todavía si sería el Mesías, se expondría á la risa y mofa del público; se contentó con decir á los Magos, que segun sus escrituras el Mesías debia nacer en la pequeña ciudad de Belen, que no distaba sino dos leguas de Jerusalem: que les aconsejaba fueran allá cuanto antes, y volviesen sin detenerse á darle noticia de lo que hubiesen visto: pero antes de dexarlos partir este Príncipe astuto, y tan cruel como ambicioso que habia formado el proyecto impío de deshacerse de aquel divino infante, el que si era el Mesías, debia ser tambien rey, coge á los Magos aparte, les hace muchas preguntas, y sobre todo les ruega le digan en qué tiempo precisamente habia empezado á aparecer la estrella; y fingiendo tener él mismo un gran deseo de saber con seguridad si habia nacido el gran libertador, tan esperado por los judíos, les dixo: Id á Belen, informáos como os dicte vuestra prudencia de todo lo que mira á este infante, y volved cuanto ántes á darme noticia de todo, para que yo vaya tambien con toda mi corte á rendirle mis homenajes.

Luego que los Magos se despidieron de aquel Príncipe disimulado, y se pusieron en camino, les volvió Dios á dar su primera guia. La estrella que se les habia ocultado desde que entraron en Jerusalem, se les apareció de nuevo al punto que salieron de esta ciudad, y les conduxo en derecha á Belen. Es fácil de comprender cuál fue su gozo cuando volviéron á ver la estrella, la cual no se paró en su carrera hasta que estuvo encima de la pobre casa en que estaba el que buscaban. Entran en élla, y encuentran á aquel que el cielo les habia anunciado. Estaba el niño Jesus en los brazos de su madre: nada tenia exteriormente que le distinguiese de los otros niños; pero la misma luz interior que les habia dado á conocer lo que indicaba la estrella, les hizo facilmente descubrir por entre aquel feble exterior la augusta magestad y la suprema

dignidad de aquel Dios hecho hombre. Todos tres llenos de una viva fe se postraron delante de él, y le adoraron como al supremo Señor del universo y Salvador de los hombres; y siendo costumbre del país no presentarse jamás delante de los grandes con las manos vacías, le ofrecieron lo que había de precioso en sus tierras, que era oro, incienso y mirra, dones misteriosos, que no solo verificaban á la letra lo que los profetas habían predicho del Salvador, sino que por ello se figuraba misteriosamente y se significaba el imperio supremo, la divinidad adorable, y la sagrada humanidad de Jesucristo: de este modo, aquel Salvador divino, que no solo había venido para salvar á los judíos, sino también á los gentiles, quiso con la vocación y la adoración de los reyes Magos santificar las primicias de la gentilidad, después de haber manifestado por la aparición hecha á los pastores la predilección con que siempre había mirado á la sinagoga.

Pensando los santos Reyes volver á Jerusalem, un ángel enviado por Dios les avisó en sueños que tomaran otra ruta, y que de ningún modo volvieran á declararle á Heródes lo que habían visto; descubriéndoles al mismo tiempo la mala intención y la estratagema del Tirano. El mas comun sentir de los santos padres, es, que los Magos llegaron á Belen el día trece después del nacimiento del Salvador del mudo. Bastábales este tiempo para venir de la Arabia; y por otra parte, es cierto que no los hubieran encontrado en Belen si hubieran llegado un poco mas tarde.

Viendo el impío Heródes que no volvían aquellos príncipes extrangeros, creyó, que no habiendo hallado al pretendido rey que habían venido á adorar, habían tenido vergüenza de presentarse en la corte, la cual sin duda hubiera tenido por unos visionarios; y se alegró mucho no haberlos acompañado, y hubiera perseverado en esta opinión si las maravillas que sucedieron pocos días después no le hubieran desengañado.

La santísima Virgen y san José, que habían observado tan puntualmente el precepto de la circuncisión, no fueron menos fieles en observar otros dos mandamientos de la ley, de los cuales el uno miraba á las madres por un cierto número de días después de su parto, y el otro

á los niños primogénitos: el primero ordenaba que las mujeres permaneciesen cuarenta días después del parto sin entrar en el templo si habían parido niño, y ochenta si habían parido hija: que pasados estos días, fuese la madre al templo á ofrecer un cordero y una tórtola ó un pichon, para dar gracias á Dios por su dichoso parto; y por esta obligación quedaba la madre libre de toda impureza legal; y si era pobre, debía ofrecerle una tórtola, ó un pichon en lugar del cordero; y habiéndolo ofrecido el sacerdote delante del Señor, quedaba purificada.

El segundo precepto miraba al hijo primogénito, el que los padres estaban obligados á ofrecer y consagrar al Señor, ó á rescatarle con dinero, si no era de la tribu de Leví, que era la única que estaba destinada al servicio del altar y del templo. Todo varon que naciere el primero, será tenido por cosa consagrada al Señor, dice la ley. Había impuesto Dios este precepto á los israelitas después que hizo morir á los primogénitos de Egipto, para obligar á Faraon á poner en libertad al pueblo judaico; y para que jamás olvidasen un tan insigne beneficio los judíos, les impuso este precepto; y por cuanto todo lo que estaba consagrado al Señor debía serle inmolado, se contentaba Dios con que se le ofreciesen en sacrificio los primogénitos de los animales, dexando que se rescatasen por dinero los niños que no estaban destinados al servicio del templo.

Es cierto que la ley de la purificación no comprendía á la santísima Virgen, pues era madre que había parido sin dexar de ser virgen; sin embargo, por mas humillante que fuese esta ley para la mas pura de las vírgenes, quiso sujetarse á ella, así como su hijo, que era la misma inocencia, se había sujetado libremente á la humillante ley de la circuncisión.